

algunas sombras del fondo de este cuadro: de cuando en cuando aparecen aun, bajo el reinado de Luis XIV, algunas tormentas contra la Compañía: de un lado se dejan ver las *Anécdotas* de Blache; del otro la *Historia de la Compañía* redactada por Juvency, y suprimida por el Parlamento.

Blache, uno de esos hombres que viven de complots, y cuya imaginacion siempre agitada descubre do quiera crímenes y envenenamientos; Blache, delfín y doctor en teología, se ha dado á sí mismo la mision de vigilar por la vida del Rey, y en sus ensueños ó cálculos ve siempre á Luis XIV y á su familia rodeados de invisibles asesinos, cuyos atentados imaginarios se esfuerza á coordinar y precisar. Deudor de su primer odio al obispo de su diócesis, hizo recolectar sus frutos al cardenal Lecamus, al paso que apurar sus heces á los Padres del Instituto; acabando por persuadirse que el cardenal de Grenoble, de acuerdo con los Jesuitas, cuyo antagonista era, habian sido la causa de la guerra de 1688, guerra que solo él hubiera podido evitar. Desde el año de 1699 hasta el de 1709 dejaron á este maniático, quizás de buena fe, consagrarse cada dia con mas fervor en favor de la Religión y la monarquía, ya por medio de la calumnia, ya á favor de los mas extraños proyectos. Tenaz, como todos los hombres que abrigan una idea fija, y contando sus decepciones por los enemigos que se creaba, se le vió salvar regularmente á la Francia multiplicando sus ataques contra la Compañía de Jesús. Verdad es que Harlay, arzobispo de Paris, Lecarnus, Lachaise, Asseracy el cardenal de Retz, objetos todos ellos de sus terrores, habian descendido al sepulcro; pero sobrevivíales la Orden de Ignacio, y trató de hacerla ejecutora de sus complots. Habíase granjeado poco tiempo antes una plaza en Charenton, y de allí pasó á ocupar otra en la Bastilla, donde murió en 29 de enero de 1714 después de una prision de cinco años. La locura puede tambien á veces transformarse en auxiliar de las venganzas. Evocando el Parlamento en 1768 todas las prevenciones, toda la animosidad y todas las fábulas del abate Blache, se complació en confundir en una misma iniquidad la memoria de Luis XI y los Jesuitas, proscritos á la sazón de Francia ¹.

¹ Los Jesuitas han tratado de asesinar al Monarca: tal fue el tema que desarrolló Blache durante su vida entera. Y sin embargo, habiendo consultado, segun refiere el mismo en sus *Memorias*, con tres sacerdotes del novi-

Mientras estas y otras semejantes imposturas eran, en los dias de furor y encono, lanzadas como pasto á un pueblo, que, como dice Shaftesbury, solo asiente á lo maravilloso de lo absurdo, salia á resucitar las antiguas querellas entre el Parlamento y la Sociedad la *Historia de la Compañía* escrita por Juvency. Olvidando el autor de esta obra, mera continuacion de los trabajos emprendidos por Orlandini y Sacchini sobre los anales del Instituto, las grandes dificultades que encerraba la parte histórica que tenia entre manos, abrazaba la Liga, la expulsion de los Jesuitas á consecuencia del atentado de Chatel, y las injusticias de que fue entonces víctima la Sociedad de Jesús, respirando un ardiente ultramontanismo en todos sus relatos. No contento entonces el Parlamento con la supresion del libro, cuya condena pronunció en 24 de marzo de 1713 usando de su derecho, iba ya á llevar el negocio mas adelante, cuando los Jesuitas pusieron en manos del Monarca una declaracion «después de cuya presentacion, dice «Joli de Fleury, los juzgó el Rey mas dignos que nunca de la «proteccion con que los honraba.»

La evocacion del ultramontanismo era mirada por Luis XIV como una digresion, y nada mas. Tenian ya á su cargo la Iglesia galicana y el catolicismo enemigos mas peligrosos que aquellos teóricos que discutian sobre el origen de los poderes. Al Monarca francés le hacian poca impresion las doctrinas de allende los montes; pero temia con justa razón al jansenismo, cuyos progresos y tendencias tenian su ancianidad en continuo desasosiego. Habia creído que el cardenal de Noailles seria fiel á las promesas hechas al obispo de Agen, y que, una vez pronunciado el fallo pontificio solicitado por el mismo, no tardaria en someterse, como lo habia prometido en una carta en la que se lee: «No, jamás he «titubeado en asegurar á cuantos han querido escucharlo, que no «me verian atizar ni consentir la tea de la discordia en la Iglesia «por un libro sin el que se puede pasar muy bien la Religión: y «si llegase el caso de que nuestro soberano Pontífice fulminase

ciado, el P. Guilloré, el P. Seigne y el rector, no pudo menos de sorprenderse al ver que todos tres separadamente, y sin haberse concertado de antemano, quisieron distraerle de la idea de impedir la ejecucion del complot, diciéndole que el consejo que le daban era muy conforme á la voluntad de Dios, que no permite esos grandes acontecimientos, tales como el que á él le aterraba, sino para realizar algun grande designio que su Providencia oculta á los mortales.

«contra él su anatema, no solo aceptaria su bula y su censura con todo el respeto posible, sino que seria el primero en dar el ejemplo de una perfecta sumision de alma y de corazon.»

Tambien Quesnel habia hecho una declaracion equivalente en una apología de sus sentimientos, publicada en 1713: «Someto espontáneamente, escribia, mis *Reflexiones sobre el Nuevo Testamento*, y todas las paráfrasis que en ellas he hecho, al juicio de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, de la que intento ser hasta el último aliento el hijo mas sumiso y obediente.»

Cuando aun se estaba deliberando sobre la sentencia, el Cardenal y el Heresiarca se adherian á sus futuros resultados, y juraban obediencia á la ley antes de su sancion; pero apenas se hubo promulgado cuando ambos se resistieron, cada uno segun sus fuerzas. Noailles tergiversó y ocultó las miserias de su vanidad á favor de subterfugios tan inconsecuentes como orgullosamente débiles; mientras que, caminando Quesnel mas directamente á su objeto, y visto que la constitucion del 8 de setiembre habia pasado á reprobable en nombre de la Iglesia universal, osó darse á sí mismo la razon contra el catolicismo; y transformándose en rebelde el hijo sumiso, proclamó «que la bula trastornaba enteramente la fe, puesto que anatematizaba de un solo golpe ciento y una verdades; y que aceptarla seria sinónimo de realizar la profecía de Daniel cuando dice, que una parte de los fuertes cayó como las estrellas del cielo.» La marcha adoptada por los Jansenistas venia á ser idéntica á la que sigue siempre el corazon humano en sus aberraciones. Sin atreverse Luis XIV á creer en tan mala fe, vislumbrada por Fenelon y Letellier á través de las exageradas protestas de abnegacion, que se evaporan ante una trabacuenta del amor propio ó un cálculo de partido, habia abandonado el brillo de las fiestas, las ilusiones de gloria, y hasta el recuerdo de las prosperidades de su reinado, cantadas y celebradas por sus bardos, para dar lugar en su alma á los lutos de familia, y á la memoria de las calamidades nacionales: no habia dejado jamás de ser rey; pero sus súbditos formaban el cómputo de los días que podia vivir, y cada uno tomaba de antemano el puesto que mas le convenia para la época de la regencia.

Debilitábase bajo su propio peso los poderes públicos, mientras que el Parlamento, que durante el período de sesenta años se habia visto reducido al natural papel de la administracion de

la justicia, preveia, por fin, que su intervencion iba á hacerse indispensable, y aun empezaba á dejarla sentir. El jansenismo contaba entre sus filas numerosos y ardientes neófitos que, proyectando sostener las esperanzas y conmociones, luchaban vigorosamente contra la bula, y empleaban todos los subterfugios imaginables para aniquilarla, como todas las calumnias posibles para hacerla despreciable. Ya no era la Iglesia quien hablaba en este acto solemne, sino las pasiones de los Jesuitas: el Pontífice se dejaba sobornar; el Monarca gemia bajo el yugo de una violencia moral, y los obispos franceses se prestaban, á fuer de cortesanos serviles, al despotismo de Letellier. Mas, visto por el Rey que Noailles y algunos obispos recalcitrantes exigian explicaciones al Jesuita, y queriendo poner un término á estos eternos debates, trató de celebrar un sínodo nacional. En este intervalo, pasó el presidente de Maisons, mediador entre el episcopado de Francia y el cardenal de Noailles, á verse con Letellier con el objeto de exponerle sus miras, cuya entrevista refiere el abate jansenista Dorsanne en su *Diario* haciendo resaltar perfectamente el carácter del Jesuita.

Habiendo rehusado Letellier, dice, escuchar á este magistrado alegando ser un negocio en que no le era dado mezclarse, y consintiendo únicamente, por mera deferencia, en oírle hablar de él de un modo histórico y como por manera de conversacion, pasó el Presidente á proponerle dos expedientes: el primero, que el Papa diese algunas explicaciones á la bula; y el segundo, que se permitiese á los obispos darlas en lo respectivo á la aceptacion. Empero, pareciéndole ambos igualmente inadmisibles, hizo la propuesta de un concilio nacional con sus inconvenientes, que tan poco intimidaron á Letellier. «Viendo entonces Mr. de Maisons, añade Dorsanne, que solo conseguia perder el tiempo con este Padre, le hizo ver que su Sociedad tenia en todo esto una gran ganancia; pero que pudiera venir un tiempo en que careciese de la proteccion con que contaba en la actualidad, y que, dado este caso, podrian él y sus colegas temerlo todo. El Padre permaneció inmutable como la roca del desierto, contestando que si muchos de ellos se habian dirigido á Inglaterra y otros países en busca de la muerte, ¿por qué no habian de estar prontos á morir en su patria, si tal era la voluntad de Dios?»

¹ *Diario del abate Dorsanne*, tomo I, pág. 173.

En el momento en que el Jesuita pronostica el próximo fin del Rey, pasan á instarle en nombre de los intereses de su Compañía que otorge una leve sombra de satisfaccion á un partido que va á dominar; pero el Jesuita, que cree no haberse excedido de los límites de su deber, se resigna desde luego al destierro ó á la muerte: si tal es la condicion de sus hermanos, él la sufrirá como ellos. El 1.º de setiembre de 1715 exhaló Luis XIV su último aliento en manos de Letellier: al dia siguiente se ven expuestos los Padres á unos ataques que la mas ligera satisfaccion hubiera bastado á neutralizar.

Abriase, pues, una nueva era para el reino cristianísimo. Bajo el reinado que terminaba hasta el mismo deleite se habia cubierto con el manto del pudor; las pasiones mas culpables se habian ocultado á favor de un majestuoso velo; pero, reemplazando la sutileza al genio, se habian ensayado ya en las orgías y el desfreno para hacer la corte al Regente. Príncipe, cuya precoz disolucion no se excedió jamás hasta el crimen, «era, dice Saint-Simon, su confidente y amigo, incapaz de ser consecuente en nada, dotado de una especie de insensibilidad para todo, y se jactaba de saber engañar á todo el mundo, y desconfiando al mismo tiempo de cuantos le rodeaban.» Creyéndose Felipe vicioso por naturaleza, inauguró la reaccion el mismo dia de la muerte de Luis. Habia este arreglado la administracion de los poderes y organizado su modo de accion; pero habiéndose puesto el Parlamento á disposicion del Regente, anuló este todas las medidas que le parecieron desagradables ú hostiles, sin curarse de respetar las últimas voluntades de un moribundo. El Monarca habia legado su corazon á la casa profesa de los Jesuitas; única cláusula que fue enteramente ejecutada, porque nadie sabia qué hacer de aquel gran corazon que tanto habia amado y glorificado á la Francia.

¡El Rey ha muerto! señores: tal fue la única expresion que le fue dado proferir al emperador de Alemania al anunciar á sus ministros la pérdida de un soberano cuya memoria honraba la Europa entera; mientras los Jansenistas, que no cabian en sí de gozo, amotinaban el populacho en derredor de su féretro, y le obligaban á prodigar el insulto sobre los restos mortales que contenia. Luis XIV habia gobernado apoyándose en los Jesuitas: Felipe de Orleans eligió sus auxiliares entre los partidarios de Jansenio. Cre-

yendo popularizar de este modo su autoridad al paso que desembarazarse de las contiendas teológicas, pasó á nombrar presidente del consejo de Negocios eclesiásticos al cardenal de Noailles, y decretó el extrañamiento del P. Letellier. Es verdad que no abrigaba contra él especie alguna de aversion ó de afecto; pero necesitaban sus aliados una víctima, y no solo la entregó para que la inmolasen, sino que viendo que aun les alarmaba la estancia del Jesuita en Amiens, á donde habia sido desterrado, le mandó salir para La Flecha, en donde falleció en 1719. Y no se dirigian, sin embargo, las miras de los facciosos á una mera proscripcion individual: importábales seducir á las masas, al paso que arribar á la propagacion de sus doctrinas, y para ello trataron de adular las pasiones del Regente. Dióse, pues, el impulso á favor de la calumnia, que ha logrado sobrevivir al jansenismo inoculándose en las creencias populares; por lo tanto será indispensable examinarla con algun detenimiento.

Voltaire, que habia recibido de primera mano el depósito de estos ultrajes á la verdad, y que se servia de todas las armas para exterminar la fe católica, dice ¹, «que en 1713 apenas bastaba el «ministerio á despachar las órdenes reservadas de prision ó destierro perpetuo de los Jansenistas.» Y añade, como para demostrar su proposicion: «Hallábanse irritados todos los ánimos contra «el Jesuita Letellier... Hacia mucho tiempo que todas las cárceles «estaban llenas de ciudadanos acusados de jansenismo.» El abate Gregorio emplea un lenguaje idéntico: «Después de la muerte de «Luis XIV, dice este prelado constitucional ², pasó el Regente á «desocupar los calabozos que habia llenado Letellier de enemigos de la bula.» Lacrosette, que se hallaba mas léjos que Voltaire y Gregorio del lugar de estos eventos, dramatiza así su relato ³: «Habiendo empezado el Regente por evacuar las mazmorras «haciendo salir de ellas á los infortunados jansenistas que habia «amontonado Letellier, fueron acogidos con demostraciones de «júbilo por sus parientes y una multitud de amigos, como esos «que se encuentran en un partido que sale de la opresion; quienes los aguardaban á las puertas de la Bastilla y de la fortaleza «de Vincennes. El Regente habia tenido la atencion delicada y

¹ *Siglo de Luis XIV*, tomo III, cap. XXXVIII, pág. 162.

² *Historia de los confesores*, pág. 379.

³ *Historia de Francia durante el siglo XVIII*, pág. 129.

«política de no excarcerarlos hasta dos dias después de los funerales de Luis XIV, para que su aspecto no acabase de enconar «los resentimientos del pueblo, ya demasiado manifiestos contra «este Monarca.»

Á la manera que lo realizaron los Protestantes en la Saint-Barthelemy, se han formado tambien los Jansenistas el Necrologio de sus mártires, ó sea la historia oficial de las persecuciones que sufrieron antes y después de la bula *Unigenitus*, en la que han tratado de exponer, con ese lujo de minuciosos detalles que solo pueden ostentar las convicciones ardientes, todo cuanto padecieron y todo cuanto ensayaron en favor del *Augustinus* y de Quesnel. Nosotros hemos leído detenidamente su Necrologio¹, y resulta que, desde 1709 hasta 1715, durante los seis años que estuvo Letellier al frente de los negocios, solo entraron dos Jansenistas en la Bastilla: el benedictino Thierry de Viaixnes y el dominico Antonio de Albizzi; el primero, que habia salido de ella en 1710, volvió á ingresar en 1714, y el segundo en 8 de abril de 1715². En otra obra jansenista que tenemos entre manos³ asciende al número de seis el de los prisioneros: cuatro encerrados en la Bastilla, y dos en Vincennes. Bien es verdad que el *Necrologio* acepta como defensores célebres de la verdad á tres sacerdotes jansenistas, que después de haber huido de Marsella, fueron descubiertos en Paris hácia el año de 1715 por el subprefecto de policía de Argenson, y confiados á la custodia de un exento; á un eclesiástico de Tournai que tenia por cárcel la ciudad de Lila; á cinco religiosos, á quienes sus superiores obligaron á cambiar de convento, ó á quienes tenian presos en el suyo; á cuatro doctores de la Sorbona, y á dos fuldenses⁴ que fueron desterrados de Paris.

¹ *Necrologio de los mas célebres defensores y confesores de la verdad en los siglos XVII y XVIII*, 3 tomos en 12.º con suplemento.

² Hemos dicho ya que el Benedictino fue desterrado del reino por el Regente: ahora debemos añadir que el Dominico fue mas adelante expulsado de su Orden por incorregible.

³ *Pruebas de la libertad de la Iglesia de Francia en la aceptacion de la bula, ó Recopilacion de las órdenes emanadas de la autoridad seglar para obligar á aceptar la constitucion Unigenitus*. En 4.º (edic. de 1726).

⁴ Es verdad que después del fallecimiento de Luis XIV salieron de la Bastilla seis prisioneros; pero solamente dos, Viaixnes y Albizzi, habian entrado en ella durante la época de Letellier: los otros cuatro se hallaban en sus calabozos mucho tiempo antes de la elevacion del Jesuita. Llamábase uno de ellos De Aremborg, y se hallaba procesado por haber favorecido la evasion de Ques-

Hé aquí el resultado que dieron seis años de terror, segun el testimonio de los mismos perseguidos. Nosotros no aumentamos ni disminuimos los hechos; presentámoslos tales como aparecen, despojados de toda esa fantasmagoría que saben emplear los partidos para fascinar el ánimo de las masas. Los historiadores han sido desgraciados á veces en sus relatos sobre la Bastilla, viendo á cada paso y á través de sus altos y espesos muros esas desesperaciones tan imaginarias como los cautivos de que llenaron sus calabozos el abate Gregorio y Voltaire, y cuya procesion sigue Lacretable confundido entre la numerosa turba de sus parientes ó amigos. Dos eran los prisioneros únicamente, ó bien seis, como quieren los Jansenistas; pero ya no excede de ahí el número de los mártires; el mismo, poco mas ó menos, que se podrá hallar cuando en uno de esos dias de loco entusiasmo y de inútil cólera,

nel, prisionero en Malinas; el otro era el Negro de San Claudio (le Noir de Saint-Claude), abogado jansenista, encarcelado en 1708 por defensas sediciosas. Tomamos estos detalles de los mismos archivos del jansenismo, los que, si no han disminuido el número de las víctimas (de lo que se habrán guardado muy bien), están poco conformes con las exageraciones de Voltaire, Gregorio, Lacretable y la mayor parte de los escritores. Raciocinamos consultando los guarismos y los hechos, mientras ellos solo han trazado un cuadro de capricho para atraerse la compasion de la historia.

Acabamos de ver el rigorismo empleado por Luis XIV contra sus súbditos rebeldes á la Iglesia y al Estado: vamos á probar ahora que aun le sobrepujó el buen Regente, y que, cuanto mas se adelanta en el camino de la libertad, mas palpablemente nos demuestran los hechos que aquella severidad solo fue un juguete de niño en comparacion de las medidas represivas que adoptara la revolucion francesa. Y cuenta que ni tratamos de formar con ella un paralelo, ni jamás osaremos imputar á un Luis XIV semejante degradacion; pero, en el espacio de tres años, desde 1810 á 1813, hé aquí en pequeño el cuadro de los actos de Napoleon, que tambien tuvo algunos debates con la Iglesia:

Sin contar con la prision de Pio VII, arrastrado desde Savona á Fontainebleau, el cardenal Pacca fue encerrado en la fortaleza de Fenestrelle; los cardenales Oppizoni, Gabrielli y Di Pietro pasaron á ocupar de consuno con Boulogne, obispo de Troyes, Broglie, obispo de Gante, Hirn, obispo de Tournai, los abates de Gregorio, el P. Fontana, Astros, Perrault, Duvivier, Van Henne y Van Alphen, los calabozos de Vincennes; y últimamente quince cardenales, varios prelados romanos y mas de setenta eclesiásticos se vieron arbitrariamente extrañados del imperio, aprisionados, ó colocados bajo la vigilancia de los prefectos.

Ahora bien: ¿se podrá negar en justicia á Luis XIV el derecho de ensayar en pequeño, con el objeto de evitar un cisma y los disturbios con que amenazaba el jansenismo al reino, lo que realizó el Emperador de los franceses por el interés de una dominacion temporal?

crea el pueblo de Paris haber corrido algun peligro y conquistado una gloria eterna al asaltar una antigua fortaleza que no pensaba en defenderse.

Todo el despotismo de Luis XIV, todas las venganzas fanáticas del Jesuita Letellier, se reducen al embastillamiento, destierro ó retencion de diez y siete personas; mientras que la libertad que Felipe de Orleans sintió bien pronto haber otorgado á los Jansenistas les reservó mayor número de mártires durante un año, que las que inmoló el Jesuita durante los seis en que dirigió la conciencia del Monarca. Solo en el año de 1721 cuenta el Necrologio jansenista cuarenta y siete de los suyos condenados al ostracismo: de los que cuatro fueron aherrojados, treinta extrañados, y los demás vigilados de cerca. El de 1722, menos rico en víctimas, no tiene á su cargo menos de treinta y cuatro. El confesor Jesuita y el penitente regio no habian querido excluir de la universidad sino solos cuatro jansenistas, pero esto era ya demasiado; los discípulos de Jansenio trataron de mostrarse mas exigentes. El cardenal de Noailles, provisor de la Sorbona y defensor nato de los derechos de todos, pasó á proscribir de una sola pluma veinte y dos de ellos, entre los que se distinguia Honorato Tournely, el mas erudito teólogo de esta época.

Únicamente á favor de estos guarismos oficiales nos es dado juzgar de la persecucion de unos y de la moderacion de otros. Siendo el Regente, como efectivamente lo era, un verdadero escéptico en lo respectivo á la virtud y religion, sus confesores, los PP. La Bourdonnaye y Du Trevous, aunque Jesuitas, solo estaban á su lado en cuanto á la forma. Felipe no tenia fe sino en sus espadachines y concubinas; pero á pesar de todo, la parcialidad de los historiadores le ha pasado por alto su rigorismo contra los Jansenistas, para poder acusar mas á mansalva las justicias de Luis XIV, y lanzar un reproche mas á la Compañía de Jesús.

El período de la regencia vino á ser una época de abandono y locura, de agiotaje y prodigalidad, puesto que inauguró el siglo XVIII por medio del escándalo y cinismo de costumbres, llegando á deshorrar á la Francia hasta el extremo de nivelarla con la Inglaterra. Este recuerdo de vergonzosos deleites, de infames estipulaciones y de legal desmoralizacion, que domina á todo el siglo, viene á cerrarse en la mas sangrienta página de los anales

del mundo: siendo indispensable enlazar las insensatas alegrías y bacanales de la regencia con los patíbulos erigidos por la revolucion francesa. Todavía se encuentra un duque de Orleans; mas este último no heredará sino los vicios de su abuelo. Llevólos Felipe hasta un extremo fabuloso; y sin embargo, en esta deplorable orgía del poder, no debemos olvidar que este principe, dotado de excelentes cualidades, supo, para ser justo, sustraerse mas de una vez á su atmósfera de depravacion.

En medio de este vértigo que se apoderó de todas las cabezas, y que puso sus indolencias y placeres al abrigo de las complacientes austeridades del jansenismo, permanecieron los Jesuitas completamente neutrales, creyendo que estos transportes de delirante embriaguez tendrian tambien un término, y que la calma ó la fatiga precisarian al Regente á retroceder á las realidades de la existencia. Dejándole los Jansenistas entregarse á los arrebatos de sus deseos, marchaban sin rodeos al ataque contra la Compañía de Jesús, á quien proyectaban derrocar, para constituirse directores exclusivos de la educacion, é inculcar á la juventud el veneno de sus doctrinas. La Universidad entre tanto, que juzgaba oportuno aprovecharse del desorden que reinaba en los ánimos con el objeto de solicitar nuevos favores, rompió al fin su silencio como lo hiciera el Parlamento, y pasó á exigir varios privilegios, los que debian consistir naturalmente en crear restricciones y embarazos á los colegios de la Compañía. Empero, si bien el Regente habia accedido á estas exigencias, así que llegó á comprender el fin que llevaban, «no quiero, respondió, que se haga innovacion alguna en los colegios de la Compañía.» Propónenle firmar un decreto privando de los grados académicos á cuantos pasasen á cursar bajo la direccion de los Padres del Instituto, y exclama lleno de energia: «Mientras me halle al frente del gobierno de Francia no consentiré jamás que sufra la menor alteracion el colegio «de mi tio.» Pocos dias después escribió al P. Trevous, con el objeto de tranquilizarle acerca de sus intenciones y de recomendarle el jóven caballero de Orleans, su hijo natural, que cursaba á la sazón en el colegio de Luis el Grande.

Mas ya que no habian logrado sorprender la buena fe del Regente, esperaron ser mas felices inspirándole algunos temores sobre el ascendiente que disfrutaban los Padres en el ejército. Hé aquí los términos en que se expresa Lemontey al referir este su-